

fuera el conde del Verde Saúco me amaría usted.

JULIA. Señor conde, he dicho demasiado para lo que es permitido á una mujer; pero ya que antes de hablarnos le había dado á usted algunas muestras de inclinación, debo hablar. Si usted me hubiera dado una prueba como esta de amor, creería, como todos, que tengo las mismas ideas de mi madre, que no aprecio sino el oropel; pero ¡ah! no sabe usted la pena que he sentido cuando mi madre me dijo que el conde del Verde Saúco me pedía; se me cayó el alma á los pies; disimulé, pero acordándome de mi desconocido, y bien determinada á hacer al conde el objeto de mi desprecio, maldije su clase, el afán de mi madre... y sólo cuando reconocí en usted al mismo que ya mi corazón estimaba en secreto, fué cuando volví á gozar de la tranquilidad que creí haber huido de mí para siempre.

BERN. Julia, ¿será cierto?—(¿Y he de hacer el tramposo, el loco á los ojos de esta mujer? No.)—Julia, sepa usted...

JULIA. ¡Ay! alce usted: ¡por Dios! Papá viene.

BERN. Julia, si usted me quiere...

JULIA. Sí, sí, cuente usted con mi amor, pero alce usted...

BERN. (Padre maldito, ¿por qué tan pronto? hubiera sabido quién soy, que no tengo acreedores...)

### ESCENA XIII

JULIA, BERNARDO, DON DEOGRACIAS

DEOG. Señor conde, está usted servido, y aquí tiene usted el recibo.

BERN. Guárdemelo usted; ya nos entendemos.

JULIA. Papá, ustedes van á hablar de asuntos, me iré con mamá.

BERN. Julita, usted nunca es un obstáculo...

JULIA. No importa; hasta después, señor conde.

BERN. Agur, preciosa Julia.

DEOG. Bien, anda; ahora vamos allá. (Con eso le diré lo de la letra; piensa que es juego, y yo estoy desesperado.)

### ESCENA XIV

DON DEOGRACIAS, BERNARDO

DEOG. Amigo Bernardo, esto...

BERN. Esto va divinamente; déme usted los brazos y la enhorabuena, amigo: no he

perdido el tiempo; pero ¡qué bien lo ha dispuesto usted todo, hasta fingir el acreedor, y la letra, y!...

DEOG. Poco á poco, Bernardo; le contaré á usted...

BERN. Sí, sí, ya entiendo; es usted un portento de habilidad.

DEOG. Pero si no...

BERN. Es claro, si no, no se podría hacer bien; hubieran sospechado...

DEOG. No, señor...

BERN. No; así, ¿cómo es posible que den en ello? Pues, señor, usted será hábil; pero confiese usted que yo no le voy en zaga; me he declarado á la chica, y no sólo he visto que me quiere, sino que la he fondado, me he cerciorado de que no piensa como su madre, que no me quiere por ser conde; aunque no lo fuera me querría: ella misma me lo ha dicho, ahora, aquí, cuando usted vino... y aquel aire de candor...

No, no me engaña; y usted ha sido un torpe en venir tan pronto...

DEOG. ¿Cómo, un torpe todavía, después de soltar cuatro mil reales?

BERN. Déjese usted de bromas; sí, señor; ni yo puedo ya fingir más; su hija de usted es preciosa, y si ella no se deja llevar del oropel, es preciso que todo se descubra, y ahora mismo voy, porque soy feliz...

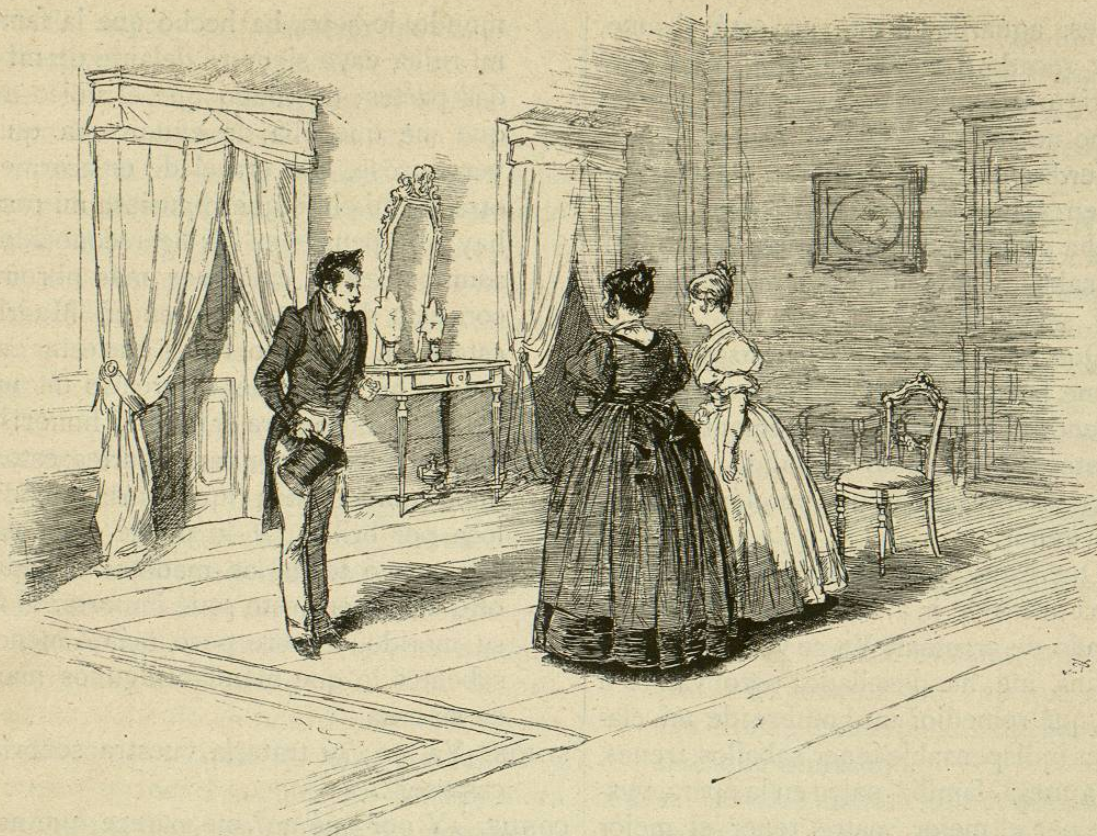
DEOG. (*Le detiene.*) Hombre, venga usted acá; este hombre no me deja hablar, y todo lo va á echar á perder. La chica será todo lo que usted quiera, y le querrá á usted sin ser conde; pero la madre no: hombre, mire usted lo que hace, por las once mil vírgenes y todos los innumerables mártires de Zaragoza.

BERN. No importa, la chica será mía.

DEOG. Hombre, yo me voy á quedar sin cuatro mil reales y sin novio; venga usted acá, loco de atar, que todo se concluyó, si...

BERN. Pero queriendo usted y la chica...

DEOG. Aunque quieran todas las chicas del barrio, si mi mujer no quiere, usted y yo y la chica y todo el barrio saldremos arañados, y locos, y perdidos, y sin boda, y sin dinero, y sin ojos en la cara. Sosiéguese usted, siga su papel, que mi plan no está acabado; venga usted conmigo, aquí pueden volver y oírnos; en mi cuarto le acabaré á usted de explicar cómo se ha proporcionado este disfraz, y lo que hay, y lo que ha sucedido; en fin, vamos, vamos á mi cuarto.



### ACTO TERCERO

#### ESCENA PRIMERA

DON DEOGRACIAS, después PASCASIO

DEOG. Es preciso, sí, mi mujer es el diablo. Pascasio, Pascasio... este muchacho pudiera descubrirlo todo.

PASC. Señor.

DEOG. Mira, ¿tú has sido criado del conde del Verde Saúco, eh?

PASC. Sí, señor, ya sabe usted que de su casa vine aquí, que la dejé porque nunca veía un cuarto de mis salarios, porque todo el día me traía hecho un zascandil: á casa del sastre; del acreedor á llevar esperanzas; del empeñador, del prestamista porque tenía su señoría un compromiso, y era preciso salir de él á toda costa.

DEOG. Bueno, bueno, ya me lo has dicho.

PASC. Pero sin embargo, le quiero, como á todos mis amos; eso es otra cosa, y en cuanto pudiera servirle que no fuera...

DEOG. Bueno, bueno; mira, Pascasio, tú eres hombre callado.

PASC. Señor, desde que soy su jardinero de usted no creo...

DEOG. No, no me has dado ningún motivo de sentir, estoy contento; pero ven á mi cuarto; se trata de que ya que conoces al conde

no descubras un proyecto que traigo entre manos.

PASC. Señor, ya sabe usted que yo...

DEOG. Sí, bien, te lo explicaré; ven á mi cuarto.

#### ESCENA II

EL CONDE DEL VERDE SAÚCO, SIMÓN, FRANCISCO

FRANC. (*Abriéndoles la mampara*) Aun tardarán, porque se están peinando; pero pasen ustedes aquí.

CONDE. Mejor estaremos aquí que en esa antecámara maldita.

SIMÓN. Pero señor, ¿todo un conde del Verde Saúco andar en estos misterios y disfraces? ¿será posible que el amor le tenga á vuestra señoría tan turbado, que no conozca que se pone en el caso de hacer un papel ridículo?

CONDE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! no lo entiendes.

SIMÓN. ¿Se ríe vuestra señoría? pues cierto que es cosa de risa.

CONDE. ¿No quieres que me ría, si no sabes de la misa la media? amor, dices. ¿Cuándo me has visto tú enamorado, desde que eres mi ayuda de cámara? eso es muy plebeyo; muy antiguo.

SIMÓN. Pues, señor, entonces no alcanzó qué fin puede vuestra señoría llevar en introducirse así en casa de unos simples comer-

cientes, aguardar á que no esté el amo, pasar recado á la señora, y guardar aquí una rigurosa antesala, que vuestra señoría mismo no se la hace hacer á un...

CONDE. Verdad es; mira, ya que tú me acompañas en esta intriga, y que sabes que mi marcha es supuesta, quiero confiarme á tí. ¿Tú sabes cómo andan mis negocios?

SIMÓN. Sí, señor, lo sé.

CONDE. ¿Que no tengo más esperanzas que las que me hace concebir mi tía, la que se está muriendo, pero que probablemente saldrá de este ataque como ha salido de otros diez, y vivirá todavía una porción de años?

SIMÓN. Sí, señor.

CONDE. ¿Que estoy lleno de deudas, que ya lo estaba antes de ir á París, que allá me he acabado de arruinar? Ya se ve, esa maldita Josefina me ha desollado; pero vamos á ver, ¿qué remedio? un hombre de mi clase... es indispensable tener caballos, trenes, buena mesa, familia, palco en la ópera, vestirme por el mejor sastre, tener el mejor zapatero, vivir en un *hótel* carísimo... luego esas niñas no están contentas si no se les regalan todos los días, cuándo las pulseras de diamantes, cuándo el aderezo, cuándo un reloj, ni yo puedo hacer alto en eso; en una palabra, tú conoces las mujeres, y sabes como yo que para ser querido...

SIMÓN. Sí, señor, sí, señor.

CONDE. Luego hay que ir á sociedades; estando en una sociedad es preciso jugar, y jugando es preciso perder, y perdiendo ya ves tú lo que se sigue: de suerte que yo, que ya necesitaba poco, tuve que volverme cuando mi contador, que hablando aquí para entre los dos es un solemne pícaro...

SIMÓN. Sí, señor.

CONDE. Pero un pícaro que no puedo despedir, porque, como no es moda tomar uno mismo sus cuentas, después de robarme tiene la habilidad de probarme que todavía le debo dinero y favores; pues, señor, tuve que volverme cuando este tal me escribió que no había más fondos: que la mayor parte de mis bienes estaban en hipoteca; que de lo libre nada quedaba sino cuatro miserables majuelos que no dan al año vino para llenar una botella, y que los acreedores le agobiaban, y era preciso...

SIMÓN. Ya, ya entiendo.

CONDE. Luego esta maldita circunstancia de no poder uno hacer nada sin que todo el

mundo lo sepa, ha hecho que la fama de mi ruina vaya siempre delante de mí á todas partes; de modo que el único medio que me quedaba de evitar una quiebra vergonzosa, que era el de enlazarme con otra de mi clase que repusiese mi casa, no hay que pensar en él; he reconocido mis asuntos, estoy cada vez más abrumado; con esto de no tener casa en Madrid, y estármela haciendo, tengo que estar en una fonda; he visto que es preciso un medio extraordinario para salvar mi honor; he tirado mis líneas por varias partes; estos son unos comerciantes riquísimos; la madre es loca por brillar, y lo puede todo con su hija, como todas las madres; el padre es otra cosa; pero esto ¿qué importa? al fin es su marido, y sobre poco más ó menos ya sabemos lo que mandan algunos maridos en su casa...

SIMÓN. Ya, ya; ¿y trataría vuestra señoría de casarse?...

CONDE. ¿Y por qué no? me parece que no soy el primero de mi clase...

SIMÓN. Nada; nada: vuestra señoría lo hace, bien hecho está. Pero entonces, hay más que presentarse cara á cara, porque estos que tienen dinero y son plebeyos darán todos sus caudales por un usía más ó menos; son unos tontos, y no habían de rehusar...

CONDE. Ellas no; pero ya te he dicho que el padre es otra cosa; pensando yo como tú, con la esperanza de deslumbrarle, le escribí pidiéndole su hija...

SIMÓN. ¡Cáspita! de buenas á primeras. ¿Y qué respondió?

CONDE. Lo que yo no podía esperar; que le es imposible acceder á mis deseos, por estar comprometido con un tal Bernardo, hijo de un amigo suyo don Benedicto Pujavante, de Barcelona, y que, aunque no le conocen, la chica está enteramente á su favor, por la fama de sus buenas prendas, y que no podía verse conmigo porque iba de caza.

SIMÓN. ¡Y que haya vuestra señoría sufrido ese bochorno! ¿Y ahora qué quiere vuestra señoría hacer con venir y entrar, si la chica tiene novio, si el padre no quiere?...

CONDE. Hay que mudar de plan; dime, ¿te acuerdas tú de aquel hombre gordo que se quejaba tanto de su ojo y de su gota, que fué dos veces á verme en Barcelona, ahora á mi vuelta de París?

SIMÓN. Sí, señor, sí, ¿pues no me tengo de acordar?

CONDE. Pues aquel es el tal don Benedicto, comerciante en tapices, con quien tenía yo asuntos de dinero, y conozco á él y á toda su casa de toda la vida; de su hijo Bernardo también tengo noticias; es de mi cuerpo; en Barcelona quedaba cuando hemos venido; casualidad sería que viniese ahora mismo.

SIMÓN. ¡Calle! ¿y sería posible?...

CONDE. Y muy posible, ya me has entendido.

Ya ves que don Deogracias no está en casa en tres días lo menos; está de caza, como él mismo dice. Vengo, pregunto por las señoras; me presento, ya soy Bernardo; no tengas miedo, no me perderé; ya están prevenidas en mi favor, particularmente la chica; me tratan como novio; esta franqueza algo ha de producir; yo no soy despreciable, y me fío en mis fuerzas: todo es que yo coja dos cuartos de hora favorables, y vuelvo el seso á la chica; no es mi primera conquista. Va á venir el padre, un momento antes me declaro á la madre; es loca, y este es su flaco; en viéndome conde, no digo nada, la zalagarda que se arma en la casa; á esto se agrega que si la chica me quiere siendo Bernardo, ¿por qué no me ha de adorar siendo conde? Esto es cosa natural; y el padre gruñirá, y dirá... pero cuando vea que todo está hecho ¿qué ha de hacer? ceder y soltar los millones del dote.

SIMÓN. ¡Sopla! el plan no es malo; pero ¿qué tiene que ver todo eso con haber esparcido la voz de la marcha, con ocultarse hasta de los criados?

CONDE. Sí, señor, los acreedores me rompen la cabeza; en los ocho días que hace que estoy de vuelta, apenas he ido á parte alguna; se hubieran echado encima; y hasta ver el resultado de esta intriga me conviene estar oculto; si concluye bien, con el dote empezaré á hacer algunos pagos, y ya es otra cosa; si no, buscaré otro medio; en el ínterin hasta el jockey, que me ha dejado en la posada de la calle angosta de San Bernardo, lo ha creído.

SIMÓN. Bueno, bueno; así ya tiene otro ver; pero me parece que vienen...

CONDE. Retírate, pues; déjanos solos.

### ESCENA III

EL CONDE, DOÑA BIBIANA, JULIA.

BIB. Pues tienes muy mal gusto: todo elegan-

te debe tener deudas. Caballero, buenas tardes. (*Bajo.*) Julia, ¡qué traza de hombre! ¡qué figura tan ordinaria!

CONDE. Señoras, á los piés de ustedes. (¡Qué gesto!)

BIB. (A los piés de ustedes, ¡qué vulgaridad tan vieja!)—¿Qué se le ofrece á usted?

CONDE. (No sé cómo empezar.)—Señora, creo que usted debe ser doña Bibiana.

BIB. ¡Doña Bibiana! ¿de dónde viene usted ahora? yo no soy doña Bibiana, ni...

CONDE. (Calle; si me habré equivocado de casa; me parece que no.)—Señora, ¿no vive aquí don Deogracias de la Plantilla?

BIB. Sí, señor; ¿y qué?

CONDE. Bien, y usted será su señora, doña Bibiana...

BIB. Vuelta con doña Bibiana: ¡qué grosería! ¿no le he dicho á usted ya que no me llamo Bibiana? me llamo Concha, y está usted muy atrasado...

CONDE. (¡Malo! maldita equivocación; sin embargo.)—Concha, es verdad, señora, disímuleme usted: acabo de llegar, traigo varias cartas de recomendación, y una muy interesante para una tal doña Bibiana, y traía este nombre en la cabeza: ¡pero qué tontera la mía! mire usted si sabré cómo se llama usted; soy Bernardo Pujavante, y acabo de llegar de Barcelona. (¡Qué frialdad!)

BIB. ¿Es usted don Bernardo?

CONDE. Sí, señora.

BIB. (*A Julia.*) Julia, ¡qué ocasión de venir!

JULIA. ¡Ay, mamá!

CONDE. Y deseando presentarme á ustedes, aunque sé que el señor don Deogracias... (No me escuchan.)

BIB. (*A Julia.*) Si pudiéramos echarle; que no le viera Deogracias... ¿quién sabe si volvería atrás?... voy á decirle que no está en casa.

CONDE. (¡Cielos! ¡qué recibimiento!)—Como don Deogracias está...

BIB. Caballero, mi esposo está fuera, y yo no acostumbro hacer sus veces nunca; puede usted volverse pasado mañana, ó el otro en ese caso... porque, la verdad, aunque he oído hablar algo á mi esposo de un tal Bernardo, de Barcelona, ignoro qué asuntos puede tener con él, y no puedo sin su anuencia meterme en cosas que...

CONDE. (¡Malísimo!)—Señora, ciertamente que no esperaba este recibimiento; ni creo que

usted se halle ignorante de los planes de su esposo; además de esto, yo no he buscado casa en Madrid donde alojarme, porque contaba con esta, como quien viene á ser yerno de don Deogracias.

BIB. ¿Quién? ¿usted? ¿casarse con mi hija? caballero, usted delira; ¿con el hijo de un tapicero? cuidado que es imprudencia; he hablado muchas veces con mi esposo sobre el particular, y ciertamente que no me ha dicho nada de semejante proyecto; ni es posible que una boda de esta clase... y en fin, sobre todo, en cuanto á casa, mientras mi esposo no esté en ella, me es imposible recibir á nadie. (Con esto se irá pronto; estoy en brasas.)

CONDE. ¡Vive Dios! Señora, yo hablaré con don Deogracias; veremos si hablo de memoria; y pondré en conocimiento de mi padre el trato indigno que ustedes me han dado.

BIB. ¡Qué grosería! insultar todavía á la madre de la que quiere por esposa; vamos, Julia, dejemos ahí á ese hombre. ¡Qué modales! ¡Qué diferencia de este al conde! al fin hijo de un tapicero.

#### ESCENA IV.

EL CONDE, JULIA.

CONDE. (¡Qué rabia! Si pudiera hablar á la hija.)— Señorita, señorita... ¿Usted también?...

JULIA. (No me gusta nada, pero me da lástima.)— Caballero, mamá tiene el genio bastante pronto, perdónela usted sus primeros ímpetus.

CONDE. Ah Julia; no me ha engañado la fama que ha llegado de usted á Barcelona, y ciertamente que no se la puede ver sin comenzar á amarla.

JULIA. Déjeme usted. (¡Cielos! si viniera el conde.)— Déjeme usted, mamá estará esperando.

CONDE. Y bien, ¿qué debo hacer? usted considere el conflicto en que quedo.

JULIA. ¡Dios mío! cierto... pero... suelte usted; yo... mire usted... no entiendo... ¿qué quiere usted que le diga? ¿no oye usted? que me llama, ¡ay! allá voy.

CONDE. Julia, un momento todavía; ¿dónde la veré á usted? prepare usted mejor á su mamá. Un momento. (*Deteniéndola.*)

JULIA. No puedo; tenemos una visita de cum-

plimiento; está ahí el conde del Verde Saúco, agur.

CONDE. ¿Cómo? ¿el conde del Verde Saúco ha dicho usted? ¡Julia, Julia!

#### ESCENA V

EL CONDE

¡Cielos! ¡y que me suceda á mí esto! Por Dios que estoy lucido; pues el tal Bernardo tiene el campo á su favor; este hombre me ha engañado, fué una excusa. ¡Qué cólera! ¿y en esta circunstancia qué hacer? A Dios esperanzas y dote. Pero, ¿y este conde del Verde Saúco? estoy curioso, mas gente viene por aquí; ¿será acertado esconderme? sí, tal vez oiré lo que deseo saber.

#### ESCENA VI

DON DEOGRACIAS, BERNARDO, PASCASIO;  
EL CONDE, metido en el cenador.

DEOG. (*A Pascasio.*) Pues anda listo, que se va á cerrar la terciada; mira que estoy sin rapé, que sea bueno, del de primera, y á casa de don Pedro con él, que allí te espero; y de lo otro, cuidado con chistar.

PASC. Señor, está bien.

#### ESCENA VII

Dichos, menos PASCASIO.

BERN. ¿Es posible? ¿con que no era ficción? ¡ah! ¡ah! ¡ah!

DEOG. ¿Qué había de ser? no, señor, duro sobre duro: ya ve usted que hemos empezado pagando bien el alquiler del nuevo personaje.

BERN. La fortuna es que el mismo conde del Verde Saúco lo pagará...

CONDE. (Hablan de mí...)

DEOG. ¿Qué ha de pagar?

BERN. ¿Pues no lo ha de pagar? al momento que esto se acabe, bien ó mal, le buscaré, y le haré reconocer su deuda, y...

CONDE. (¿Qué deuda es esta?)

DEOG. No, señor, no; aunque usted le cogiera por el cogote.

CONDE. (Para descubrirme en esta casa.)

DEOG. ¿No ve usted que es un hombre arruinado, un calavera?...

CONDE. (¡Bravo!)

DEOG. En fin, es seguro que no pagará; á mí

tampoco me importaría, como se lograra el objeto; pero si después mi mujer no cede, si mi hija Julia...

CONDE. (¿Es el padre? no tiene mal modo de estar en caza: ¡qué de engaños!)

BERN. Pero, hombre, ¿cómo le he de decir á usted que su hija me quiere?

CONDE. (¿Qué escucho?)

DEOG. Sí, señor, le querrá á usted mucho...

BERN. Pues no me ha de querer! yo me voy á descubrir á ella; yo no puedo pasar á sus ojos por lo que no soy...

CONDE. (¡Hola!)

DEOG. ¿Volvemos á las andadas?

BERN. Pero, señor don Deogracias de mi alma, ¿hasta cuándo no he de ser yo el mismo que he sido toda mi vida?

DEOG. Hasta mañana; no pido más tiempo.

BERN. ¿Pero ya qué pretende usted?

DEOG. Sí, señor, pretendo todavía. Mire usted, venga usted acá, santo varón, no nos oigan. Esta noche, mi mujer y mi hija no dejarán de ir á su sociedad; ya sabe usted cómo le he dicho que mi mujer me ha obligado á mí mismo á jugar, á perder, en fin, á echarla de elegante.

BERN. Sí, acabe usted.

DEOG. Bueno; pues esta noche fingiréirme con varios amigos, con el barón del Tahurete, ese truhán...

BERN. Sí, señor.

DEOG. Pero, se me olvidaba; en primer lugar usted no puede ir á esa sociedad tratando todavía de pasar por él.

BERN. Adelante.

DEOG. Ya ve usted que es imposible; dentro de un rato se despide usted, se va adonde quiera...

BERN. Bueno, adelante. Usted, usted, ¿qué hace?

DEOG. Pues yo, como le he dicho á usted...

CONDE. (Oigamos.)

DEOG. Finjoirme con esos; no vuelvo por ellas, y cuando estén menos prevenidas... este es el gran golpe, verá usted cómo esto debe hacer un grande efecto.

BERN. Por Dios, adelante.

DEOG. Aguarde usted, porque esta es el alma del plan, es darle la última mano.

BERN. ¡Dios mío! vamos.

DEOG. Hombre, cachaza: ¿no nos oyen?

BERN. No, señor, ¿qué han de oír? ni un alma.

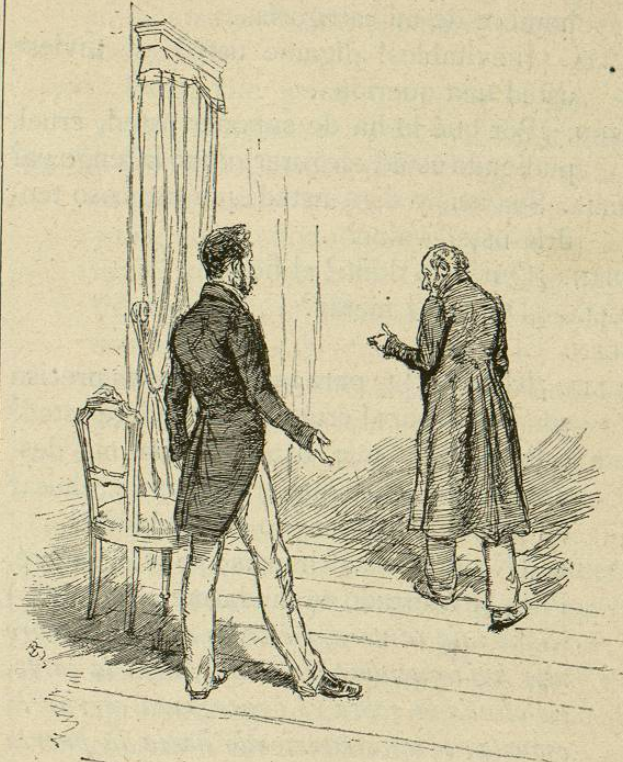
DEOG. Pues, señor, entonces... pero, calle usted; mi hija.

BERN. Por vida del plan...

DEOG. Lo ve usted como hacía yo bien en irme con tiento; voy por mi caja, mientras que ustedes... allá...

BERN. Don Deogracias...

DEOG. Pero, hombre, si vuelvo.



#### ESCENA VIII

BERNARDO, EL CONDE, y luego JULIA

CONDE. (Por Dios, que llevo adelantados mis asuntos; y no me será fácil salir de aquí.)

JULIA. Señor conde.

CONDE. (¡Conde! ¡bravo!)

BERN. ¡Ah, Julia! soy feliz; ciertamente que para el primer día que nos vemos hemos disfrutado algunas horas de la dicha de vernos juntos.

JULIA. ¡Ah! si me fuera permitido creer que el conde del Verde Saúco me ama tan de veras como dice...

CONDE. (¿Qué oigo? ¿del Verde Saúco?...)

BERN. Julia, ¿puede usted dudar de mi amor?

CONDE. (¿Y yo he de sufrir esto?)

JULIA. No; dudar, nunca; pero, ¿qué sé yo? metido en el gran mundo, en los compromisos de la alta sociedad, qué pocos momentos puede usted dedicar á la memoria de su amada.

BERN. Verdad es; muchos atractivos tiene el